

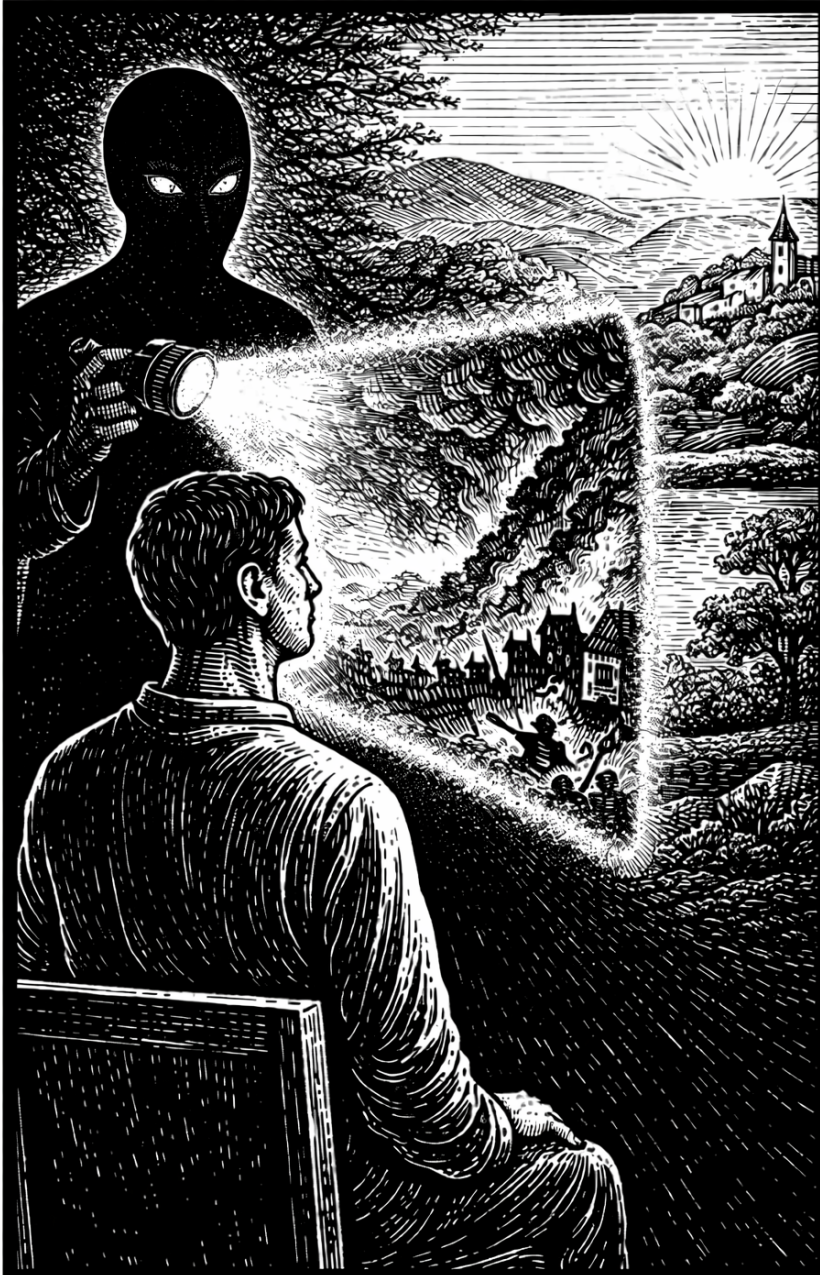
ANGELISMO







LA DESHUMANIZACION DEL HOMBRE



21.- REALIDAD... O FICCION?

Después de la experiencia con nuestra “Kachina”, comprendí que el verdadero desafío no estaba solo en interpretar lo que habíamos visto, sino en cómo lo procesábamos.

Porque toda señal —espiritual o no— atraviesa un filtro: nuestra manera de pensar, nuestras creencias, nuestra cultura visual.

Porque... una cosa es no ver por distracción.
Otra muy distinta es ver... y neutralizar lo visto.

Cuando algo nos inquieta, rara vez lo sostenemos demasiado tiempo. Antes de que alguien nos cuestione, lo reducimos nosotros mismos, lo tratamos de justificar: “seguro fue coincidencia”, “seguro tiene explicación”, “seguro no fué nada”.

No siempre por lógica.
A veces por comodidad.
A veces por negación.

Por qué, a pesar de haber señales —como los extraños sonidos en el cielo conocidos como The Hum, o aquella estrella gigantesca que permaneció visible durante meses—, todo termina siendo minimizado, ignorado... olvidado.

¿Será que no las vemos porque no existan...
sino porque no encajan con la versión de realidad que estamos acostumbrados a aceptar?

La psicología sugiere que algo así ocurre.

La negación no es ignorancia.

Es protección. Es uno de nuestros mecanismos más antiguos de defensa.

Cuando una idea amenaza el modelo de realidad que hemos construido durante años, la mente reacciona antes que la razón. A esto se le conoce como “disonancia cognitiva”: es la incomodidad silenciosa que aparece cuando algo no encaja con lo que creemos posible.

Cambiar nuestra visión del mundo requiere energía, humildad y, a veces, el valor de aceptar que estábamos equivocados. Descartar lo inquietante, en cambio, es inmediato.

Algo parecido ocurre con lo que se conoce como sesgo de normalidad: la tendencia a asumir que todo continuará como siempre, incluso cuando existen señales de que podría no ser así. Nuestro cerebro prefiere estabilidad antes que ruptura. Prefiere continuidad antes que incertidumbre.

No siempre ignoramos porque no veamos.
A veces ignoramos porque ver implicaría cambiar.

Y si nuestra mente protege el modelo de realidad que aprendió a aceptar, entonces vale la pena preguntarse... quién o qué ayudó a construir ese modelo.

Porque no nacemos sabiendo qué es posible y qué no. Lo aprendemos.

Lo aprendemos a través de relatos, imágenes, narrativas repetidas.

Y en nuestra época, pocas fuerzas moldean más ese umbral que la ficción.

Fue entonces cuando la pregunta dejó de ser personal y se volvió colectiva:

¿Será que realmente no vemos las señales... o que ya no sabemos reconocerlas fuera del formato de ficción?

Imagina por un momento que hoy alguien afirmara ser una figura divina. No lo creeríamos.

Aunque realizara un prodigio frente a cámaras, diríamos que es un truco.

Si caminara sobre el agua, pensaríamos en efectos especiales.

Si desafiara la gravedad, buscaríamos comparar para encontrar una explicación técnica.

No porque creamos que no pueda ocurrir.

Sino porque estamos acostumbrados a ver lo imposible convertido en espectáculo.

Tal vez el problema no sea la ausencia de señales.

Tal vez el problema sea que esperamos que las señales compitan con Hollywood.

Imágenes suficientemente reales como para que la mente se familiarice con lo que antes la habría sacudido.

Yo lo decía a mi manera: “nos quitan la capacidad de asombro”.

Años después supe que la psicología social lo estudia con un nombre más preciso: desensibilización, la manera en que la exposición repetida a imágenes intensas —violencia, desastre, catástrofe— reduce gradualmente nuestra reacción emocional ante ellas.

No es conspiración. Es mecanismo.

Cuando una imagen extrema se repite lo suficiente, pierde filo emocional: deja de paralizarnos y empieza a parecernos “normal”.

Algunos dirán que eso prepara. Otros, que anestesia.

Yo no sabía cuál era la intención... pero esa inquietud venía gestándose en mí desde hacía mucho tiempo.

Déjame darte un ejemplo.

Para esto, vamos a retroceder un poco en el tiempo.

Recuerdo con claridad el 30 de junio de 1997 —mi cumpleaños—, cuando fortísimas exhalaciones del volcán Popocatepetl obligaron al cierre del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México. La ceniza cubría techos y avenidas. Pero el momento cumbre que realmente marcó mi conciencia llegó tres años mas tarde, en diciembre del año 2000.

Alerta volcánica en semáforo amarillo fase tres.

En México, el semáforo volcánico tiene varios niveles. Verde indica normalidad. Amarillo advierte actividad creciente. Amarillo fase tres es el último paso antes del rojo. Y rojo significa evacuación total y riesgo inminente de erupción mayor.

Amarillo fase tres, era estar a un paso del desastre.

Las evacuaciones comenzaron en las inmediaciones del volcán. Puebla, Metepec, Atlixco —el pueblo natal de mi madre— y muchas comunidades cercanas estaban en zona de riesgo. La capital, aunque más distante, vivía bajo lluvia de ceniza, pequeños sismos y miles de personas siendo evacuadas en vísperas de las celebraciones decembrinas. Las noticias eran constantes y hablaban del volcán. Las despensas de emergencia comenzaron a llenarse y los supermercados a vaciarse.

El ambiente no era de espectáculo. Era de tensión.

Y justo en medio de ese clima comenzaron a transmitirse en televisión abierta películas como *El Pico de Dante* y *Volcano*.

Erupciones volcánicas.

Ciudades cubiertas de lava.

Familias huyendo del magma.

Destrucción urbana detallada.

Fue entonces cuando escuché por primera vez el término “nube piroclástica”.

Hasta ese momento no sabía que existía algo capaz de descender a más de cien kilómetros por hora, arrasando todo a su paso como un monstruo incandescente de gas y escombros.

Lo aprendí viendo esas películas transmitidas en televisión. Lo que antes era un concepto inexistente para mí se volvió imagen concreta. Posibilidad.

No pensé en conspiraciones.

Pensé en insensibilidad.

¿Cómo podían convertir en espectáculo aquello que estaba a un paso de convertirse en nuestra realidad?

Aquella incomodidad no fue pasajera.

Cuatro años después, en 1998, se estrenaron *Armageddon* e *Impacto Profundo*.

Ambas narraban el mismo temor: un cuerpo celeste dirigiéndose hacia la Tierra.

En julio de 1994, el cometa Shoemaker-Levy 9 impactó directamente contra Júpiter. Las explosiones fueron visibles desde la Tierra. Fue la primera vez que la humanidad presenció en tiempo real un impacto de esa magnitud.

Lo que en 1994 había generado temor reverencial, en 1998 se convirtió en entretenimiento. El desastre global se redujo a palomitas, efectos especiales y una banda sonora épica.

Y ahí comprendí algo inquietante: cuando un evento real abre una grieta en la conciencia colectiva, la ficción aparece para darle forma.

A veces antes.

A veces después.

A veces durante.

Y esa sincronía es la que me inquieta.
Tal vez no se trataba de coincidencias.
Tal vez se trataba de exposición:
repetida, espectacular, emocionalmente intensa.
Hasta que lo extraordinario dejaba de serlo.

Ese es el punto donde la mente cambia sin que lo notemos.
Nos acostumbramos.
Nos adaptamos.
Nos volvemos espectadores de lo que antes nos habría paralizado.

Y cuando la realidad finalmente ocurre, ya no nos sorprende de la misma manera.
Nos han preparado.
O nos han anestesiado.
Tal vez ambas cosas.

No afirmo que exista relación causal.

Pero la secuencia es interesante.

Evento real.
Conciencia colectiva del riesgo.
Dramatización masiva.

Lo mismo puede observarse en otras historias.

El Día Después de Mañana abordó un colapso climático repentino.
Knowing presentó tormentas solares capaces de extinguir civilizaciones.

Pocos recuerdan que en 1859 ocurrió el llamado Evento Carrington, la mayor tormenta solar registrada. Las líneas telegráficas ardieron. Operadores recibieron descargas eléctricas. Chispas saltaron de los equipos. Y eso fue en una era donde la tecnología apenas comenzaba.

Hoy dependemos de satélites, redes eléctricas globales, sistemas de navegación, hospitales interconectados, mercados digitales y cadenas de suministro que funcionan en tiempo real.

Si una eyección de masa coronal extrema, dirigida directamente hacia la Tierra, impactara con la intensidad adecuada, no destruiría el planeta... pero podría apagarlo.

Transformadores quemados.

Satélites inutilizados.

Redes eléctricas colapsadas durante meses o incluso años.

Ciudades enteras sin energía.

Sistemas financieros paralizados.

Comunicación global interrumpida.

No sería el fin del mundo físico.

Pero podría ser el fin del mundo tal como lo conocemos.

No se trata de fantasías.

Se trata de escenarios plausibles.

Y cuando lo plausible se convierte en entretenimiento repetido, algo empieza a cambiar en la percepción colectiva.

Lo extraordinario pierde filo.

Lo alarmante se vuelve familiar.

No estoy afirmando que el cine tenga una agenda.

Pero sí que la repetición moldea el umbral.

Cuando el desastre se convierte en franquicia,

cuando el fin del mundo es saga,

cuando la devastación es parte habitual del menú audiovisual,

la mente aprende a reaccionar distinto.

Ya no pregunta si podría ocurrir.

Pregunta a qué película se parece.

Y entonces me hice una pregunta que no he dejado de hacerme desde entonces:

¿Estamos siendo preparados...
o simplemente nos estamos acostumbrando?

Tal vez el problema no sea la ausencia de señales.

Tal vez sea que, cuando aparecen fuera de la pantalla, ya no sabemos cómo mirarlas.

Y desde entonces comencé a prestar atención de otra manera.

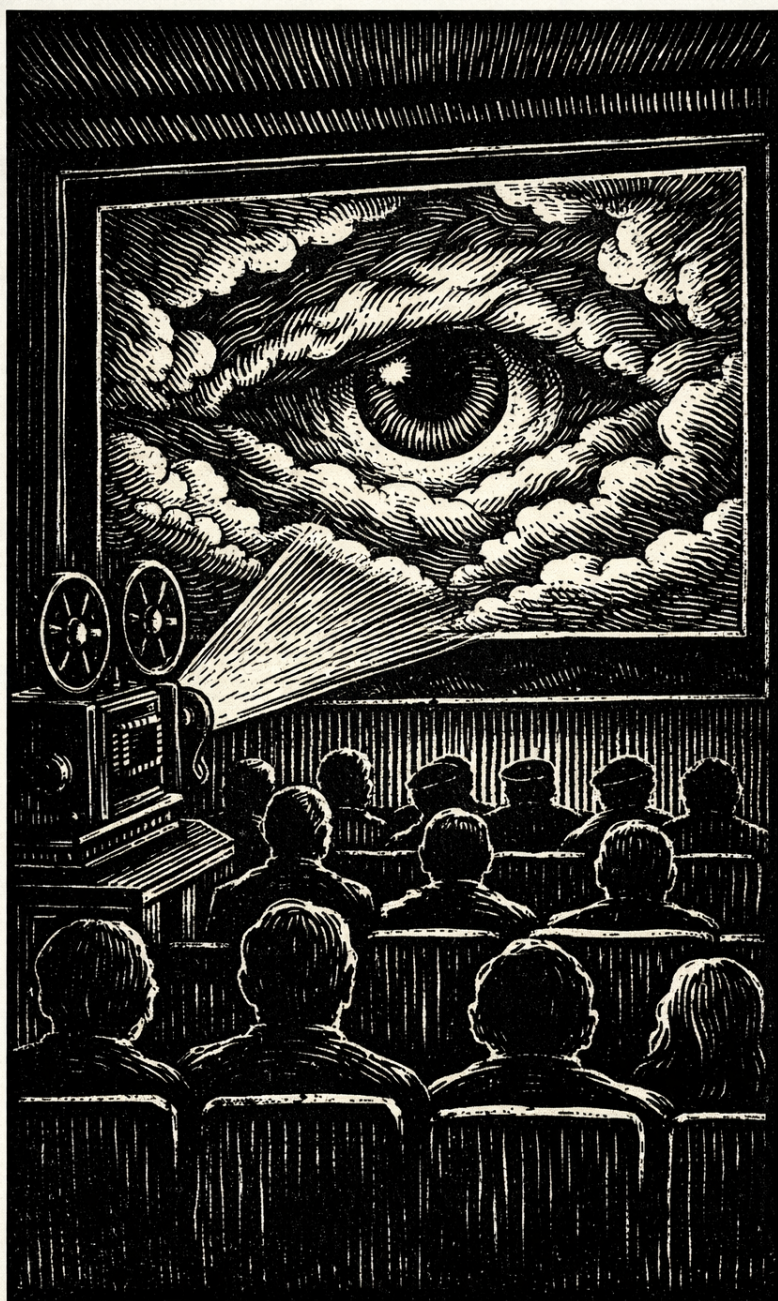
No buscando confirmaciones.
No intentando probar nada.

Solo observando.

Observando qué historias se repetían.
Qué imágenes nos presentaban.
Qué símbolos parecían insistir.

Porque cuando algo se repite demasiado...
ya no puede descartarse tan fácilmente como coincidencia.





22. UN ESPEJO DEL CIELO

Después de preguntarme si la extraña sincronía entre ficción y realidad podía seguir llamándose casualidad, la vida me puso una imagen frente a los ojos que encendió en mi mente otra posibilidad.

Porque una cosa son las imágenes obvias: los desastres convertidos en franquicia, los colapsos globales entregados como espectáculo, los finales del mundo dramatizados hasta volverse —como diríamos en México— “un churro”. Imágenes que todos consumimos, y que moldean el umbral de lo posible, tan exageradamente, que, poco a poco, nos acostumbran a ver sin estremecernos.

Y otra muy distinta es cuando aparece una imagen que no busca impresionar... sino ser reconocida.

Una imagen que solo tiene sentido si ya la has visto antes... en otro lugar.

Si la disonancia cognitiva explica por qué rechazamos aquello que no encaja con nuestro modelo de realidad, quizá exista también el fenómeno contrario.

No sé si tenga un nombre oficial.

Pero, para entendernos... podríamos llamarlo resonancia cognitiva.

Ese instante en que una imagen externa coincide con tanta precisión con una imagen interna que la mente no la descarta... la reconoce.

Para quien no posee esa experiencia previa, lo que percibe es solo ficción.

Pero para quien la reconoce... es espejo.

Es memoria que despierta.

Fue el 4 de mayo de 2012.

Mony y yo estábamos sentados en una sala de cine viendo el estreno de *Los Vengadores*. No era una noche espiritual. No buscábamos señales. Era simplemente ver una película.

Hasta que el cielo se abrió.

Como recordarás, en la película, en la Torre Stark, el Tesseract liberaba una energía azul intensa. La máquina diseñada para amplificarlo apuntaba hacia el firmamento. Y entonces ocurrió: el cielo sobre Nueva York pareció desgarrarse... en pleno día.

No fue un simple haz de luz.

Fue una grieta suspendida.

Un agujero imposible en el cielo azul, donde las nubes parecían licuarse hacia el centro y, a través de esa abertura, podían verse las estrellas.

Un “hoyo” en el cielo.

Y de ese portal comenzaron a descender, oleada tras oleada, criaturas serpenteantes, atravesando la grieta bajando hacia la tierra.

Mony tomó mi mano con fuerza y, sin apartar la mirada de la pantalla, susurró sorprendida:

—Tu sueño.

En ese instante, la palabra coincidencia dejó de ser una reflexión abstracta.

Se volvió imagen.

Se volvió espejo.

Porque lo que estábamos viendo no era solo una escena espectacular. Era una representación artística inquietantemente

parecida a lo que había visto años atrás en mi sueño: un cielo abierto, un portal que permitía ver el universo en pleno día y seres serpenteantes descendiendo hacia la Tierra.

Hasta entonces, el mensaje había sido íntimo. Privado. Nuestro.

Pero esa noche estaba siendo proyectado ante millones.

Aquello me sacudió profundamente.

Nuestras experiencias con Uriel, los mensajes y las continuas apariciones del hombre de barba cana y ojos color miel —además de un sinfín de pruebas recibidas— nos tenían en la certeza de que todo esto era real. Lo habíamos aceptado como un regalo. Un privilegio privado.

Sin embargo, aunque esos mensajes habían transformado nuestras vidas, yo me sentía agradecido... pero no comprometido.

Y frente a aquella pantalla, por primera vez, algo cambió.

Ya no era solo nuestra convicción espiritual.

Era una imagen compartida.

Al finalizar la película, en la escena posterior a los créditos, se revela que el verdadero líder detrás de la invasión era Thanos. Y con el paso de los años, especialmente en *Vengadores: Guerra Infinita*, su discurso reforzó aún más la inquietud.

Thanos no actuaba por simple ambición. Su argumento era más perturbador.

Sostenía que el universo estaba colapsando por el agotamiento de sus recursos. Que las civilizaciones consumían sin límite. Que la irresponsabilidad y el abuso habían llevado a una decadencia inevitable. Que, si nadie intervenía, y todo seguía igual, el sufrimiento sería absoluto.

Su solución era brutal, pero —según él— necesaria: eliminar aleatoriamente a la mitad de la población universal para restaurar el equilibrio.

Reducir para salvar.

Un final, que marcaría un nuevo inicio.

Un punto de quiebre provocado por el exceso.

Ese eje —agotamiento por abuso, humanidad desviada, necesidad de corrección radical para evitar un colapso mayor— era inquietantemente similar al mensaje central de mi sueño: la humanidad enfrentando las consecuencias de sus propias decisiones, seguida de la posibilidad de un nuevo comienzo.

No era solo la imagen del cielo abierto.

Era el argumento.

Y no fue un caso aislado.

Comencé a notar que esa estructura narrativa se repetía.

En la película *Legión*, los ángeles descienden como ejecutores, no como salvadores, porque, según la trama, la humanidad ha fallado. Se ha desviado moralmente. Ha perdido su rumbo. No vienen a conquistar; vienen a concluir, para comenzar otra vez.

La premisa es clara: cuando la creación se corrompe, algo interviene.

En *Los Elegidos* (*The Remaining*, 2014), el sonido de trompetas precede el caos. Las personas caen repentinamente argumentando esa distinción, entre unos, y otros. Y en la escena final aparecen claramente hordas de seres serpenteantes descendiendo desde el cielo, atravesando la atmósfera en oleadas, replicando visualmente aquella imagen de fuerzas que bajan desde el cielo hacia la Tierra.

No era solo una metáfora espiritual.

Era una escena que evocaba la misma estructura visual y simbólica de mi sueño.

Ese mismo año, *Dejados Atrás* (*Left Behind*, 2014) retoma la idea del Rapto: los justos desaparecen y el resto queda enfrentando las consecuencias de un mundo que ha ignorado advertencias.

Distintos relatos.

Mismo eje.

Humanidad desviada.

Consecuencia colectiva.

Intervención correctiva.

Final que abre paso a otra etapa.

Lo inquietante no era solo la similitud simbólica.

Era la coincidencia conceptual.

El mensaje de fondo parecía repetirse:

Cuando el abuso supera el equilibrio, algo corrige.

Cuando el rumbo se pierde, algo irrumpe.

Cuando la humanidad agota sus propios límites, el sistema colapsa o se reinicia.

Y eso era precisamente el núcleo de mi sueño.

No afirmo que exista una intención detrás de cada producción.

Podría tratarse de tendencias culturales. Podría ser el reflejo de temores colectivos que flotan en el ambiente y encuentran forma creativa, o... es algo mas?

Porque la repetición estaba ahí.

Y frente a esa repetición, mi reacción no fue simple.

Primero fue asombro.

Luego fue posibilidad.

Porque si lo que yo había visto en mi sueño estaba apareciendo en una superproducción cinematográfica, con recursos infinitamente mayores a los míos y con alcance global...

Entonces una idea comenzó a tomar forma:

¿Y si algunos otros habían recibido el mismo mensaje?

¿Y si, a diferencia de mí, ellos sí tenían los recursos para transmitirlo a gran escala?

¿Y si el cine era su manera de hacerlo llegar a millones?

Pero junto a esa posibilidad, surgió otra más inquietante.

¿Y si no era amplificación... sino dilución?

¿Y si al convertir el mensaje en espectáculo se le restaba peso?

¿Y si al presentarlo como ficción se neutralizaba su impacto real?

Porque en ese caso, cuando alguien como yo intentara compartir su experiencia, la respuesta sería automática:

“Ah, como en esa película...”

Y entonces el mensaje quedaría encapsulado en el terreno de lo imaginario.

¿Por qué?

No lo sé.

Tal vez realmente existan fuerzas del bien y del mal, y las fuerzas del mal quieran seguir ganando.

Lo cierto es que resulta intrigante que esta temática se aborde precisamente en estos tiempos, cuando —según tradiciones y profecías— los acontecimientos parecen desarrollarse y la urgencia de tomar decisiones acertadas se vuelve apremiante, antes de que

sea demasiado tarde. Porque la “deshumanización del hombre” — el Angelismo— se propaga en la humanidad como si fuera un virus altamente contagioso.

Esa dualidad me atravesó.

Esperanza y sospecha.

Eco y disfraz.

Al final, no importa tanto el objetivo buscado, sino lo que hacemos nosotros con los mensajes. Lo decisivo es cómo los leemos, cómo los interpretamos y qué decidimos hacer con esa información.

En última instancia, estas temáticas brindan un terreno intrigante para escudriñar la condición humana y las decisiones morales en el marco de un mundo al borde del apocalipsis o sumido en la crisis.

Y fue ahí cuando la pregunta dejó de ser cultural y se volvió íntima.

Si esas imágenes coincidían con lo que yo había visto...

Si ese discurso de desequilibrio y corrección resonaba con lo que habíamos recibido...

Entonces la pregunta ya no era “¿por qué solo a mí?”

Las preguntas eran otras.

¿Qué está pasando?

¿Se estaba compartiendo el mensaje...
o se estaba anestesiando?

Porque parecía existir una posibilidad real, de que no fuera el único.

Que otros hubieran visto lo mismo.

Que otros hubieran escuchado lo mismo.

Que otros hubieran recibido el mismo mensaje.

Y si eso era cierto, mi responsabilidad cambiaba.

Ya no se trataba solo de comprender.

Se trataba de encontrar.

Encontrar aunque fuera a una sola persona que pudiera decirme:

“Yo también lo sé.”

Esa se convirtió en mi nueva intención.

Si el mensaje no era exclusivo...

si había sido entregado a más personas...

entonces debía buscarlas.

No para validar mi experiencia.

Sino para confirmarla.





23.- LOBO

Aquella misión que me había propuesto —encontrar, aunque fuera, a una sola persona que hubiera recibido el mismo mensaje— fue cancelada abruptamente... por la vida. Porque... las decisiones no avanzan en línea recta.

La vida tiene sus propios planes.

Y... cuando la vida interrumpe con muerte...

el peso del mensaje... cambia.

No tuvimos que esperar la mística fecha del 12 de diciembre. Para Mony y para mí, todo el 2012 marcó un año que nos sumergió en uno de los momentos más devastadores de nuestras vidas y, al mismo tiempo, el más sublime. Para nosotros, el mundo, tal como lo habíamos experimentado, sí llegó a su fin, dando paso a un nuevo amanecer cargado de amor y gratitud.

Ese fin del mundo... se hizo personal.

LOBO, nuestro mejor amigo de cuatro patitas, había alcanzado la última etapa de su viaje terrenal, regalándonos quince años de compañía y lecciones invaluable. Su apariencia, aunque el tiempo había dejado su huella, conservaba la esencia de un cachorro. Su hermosa cara, su nariz negra y brillante como el ébano y sus ojos serenos de un marrón amable eran aquellos que nos cautivaron desde el primer día, cuando dejó escapar ese aullido melancólico al ser separado de su madre; momento que nos llevó a la promesa de que siempre lo amaríamos y lo cuidaríamos.

El devenir del tiempo lo transformó en un ser grande y poderoso; me atrevería a decir, majestuoso. Su caminar inspiraba respeto y admiración, y nuestros vecinos lo llamaban cariñosamente “el príncipe”, ya que, aunque su apariencia seguía siendo la de un

cachorro, su actitud se asemejaba a la de un monarca. Su pelaje, que de manera fantástica dibujaba un enorme corazón blanco sobre su pecho, era la representación de lo que él era: AMOR.

Los quince años compartidos con LOBO nos condujeron a un nivel de conexión en el cual las palabras sobraban y nuestras almas parecían entrelazadas. Aprendimos, una vez más rescatando el verdadero significado de las palabras, que el término “animal” había sido injustamente degradado por la humanidad, al punto de usarlo de manera despectiva cuando, en realidad, estas criaturas son seres de una pureza inconmensurable en su conciencia y una libertad sin ataduras mentales. Su conexión con el planeta y lo divino era verdaderamente sublime.

LOBO nos enseñó que para transmitir AMOR no se requiere más que un ligero roce, una pata reposando sobre tu pierna o una mirada comprensiva. Nos demostró que la firmeza y la serenidad conquistan más respeto que el uso de la fuerza. Nos reveló que el momento para disfrutar de la vida y del amor es en cada instante, sin necesidad de designar un tiempo especial para ello. Nos guió hacia la comprensión de que para “vivir una vida hermosa” no se precisa de ningún elemento externo, pues todo lo necesario reside en nuestro interior. Y nos recordó que no existe momento más valioso que el presente, instándonos a evitar el derroche de tiempo en enojos y resentimientos y, en su lugar, abrazar la felicidad y compartirla con el mundo, porque la vida es efímera y se va en un suspiro.

Así, un día llegó el momento en que nuestro poderoso “león de corazón puro” ya no pudo sostener ese caminar majestuoso que lo caracterizaba. Para aliviar su pesar por no poder seguirnos a nuestro ritmo, lo levantaba en mis brazos y lo llevaba conmigo a donde fuera en esos últimos días. Entonces, un día de junio, un tremendo dolor lo hizo lanzar un desgarrador aullido de agonía, un eco que oscureció nuestras almas cada vez que lo escuchábamos mientras Mony y yo lo sosteníamos entre nuestros brazos.

El momento... había llegado, y la angustia y el temor se apoderaron de mí, porque en lo más profundo de mi ser sabía lo

que estaba pasando. Mony recuerda que, en uno de esos momentos en que LOBO aullaba de dolor, ella asegura que sintió una presencia “divina” que nos acompañaba en el patio en esos instantes cruciales. Al ver que el dolor persistía, tomé a LOBO en mis brazos para llevarlo con su veterinario que estaba en Tijuana.

Fue un momento... extremadamente angustiante para Mony, ya que las circunstancias no permitían que ella abandonara el país debido a trámites migratorios que teníamos en curso y que solicitaban que no saliera en ese momento.

Con el corazón lleno del pesar más profundo jamás experimentado por nosotros, Mony se despidió de LOBO, intuyendo que esa sería la última vez que se verían. LOBO también lo sabía... y, en un gesto de conmovedora despedida, dejó de llorar para que Mony pudiera posar su frente en la de él. Esa imagen quedó fotografiada en mi mente para siempre.

Yo corrí al auto, lo puse en el asiento de atrás y arranqué, tratando de darle esperanza a Mony de que más tarde volveríamos juntos.

En mi carrera hacia el hospital veterinario, LOBO seguía aullando de dolor, mientras yo conducía con una mano y con la otra lo acariciaba durante el trayecto, tratando de aliviarlo. De pronto, vino a mi mente la imagen de Uriel y pensé: “Sé que estás presente, pues durante años me has hablado con un propósito. Por favor, alíviale el sufrimiento. No merece este dolor. Concédele 30 minutos de paz antes de que lo atiendan, te lo ruego”.

Y... como por arte de magia, LOBO dejó de llorar. A través del retrovisor vi cómo su mirada cambió y entonces empecé a hablarle. Le agradecí por cada momento compartido. Me disculpé si alguna vez lo hice sentir mal y le expresé todo el amor que albergaba en mi corazón, demostrándole cuán significativa era su vida en la nuestra. LOBO me miró y puedo jurar que en ese instante... una lágrima brotó de sus ojos.

Continué manejando hasta llegar al hospital veterinario. Mony ya había contactado por teléfono al doctor Gustavo, un ser humano excepcional que había entregado su vida y sus conocimientos al servicio de estos seres mágicos, y quien había estado al lado de LOBO desde que llegamos. Y así, en ese momento crucial, estaba dispuesto a brindarle la atención que merecía.

Al llegar, el doctor Gustavo ya nos estaba esperando en la puerta del consultorio. Estaba estacionando el auto cuando el dolor regresó y LOBO comenzó a aullar nuevamente. Pero el doctor tenía lista una inyección para calmarle el dolor, por lo que apenas abrió la puerta del auto se la aplicó.

Rápidamente, el doctor Gustavo lo tomó en brazos y lo llevó dentro, mientras yo caminaba apresuradamente detrás de él.

Luego de una revisión exhaustiva, el doctor se acercó a mí, tomándome del hombro y diciéndome:

—“Ya no hay nada que pueda hacer por LOBO, lo siento mucho”.

Eso me resultó increíble de creer, pues LOBO había ingresado en distintas ocasiones al borde de la muerte en años anteriores y el doctor Gustavo siempre había logrado salvarlo.

Una vez lo salvó cuando LOBO fue mordido por una serpiente (porque en California abundan) y tuvimos un momento de gran temor debido a la reacción al veneno. En otra ocasión, lo rescató cuando las croquetas que le dábamos resultaron estar contaminadas con veneno de rata, algo que nos hizo prometer no volver a comprar alimentos fabricados en China.

Por eso me resultaba increíble que él me estuviera diciendo esto ahora, aunque, en lo más profundo de mi ser, mi corazón lo sabía.

—“¿Estás seguro?” —le pregunté, buscando una respuesta que pudiera darme algo de esperanza.

—“Tiene el estómago volteado. Y esto es una condición extremadamente dolorosa para él”, explicó con compasión.

“Por lo general esta condición es operable, pero debido a la edad de LOBO, no creo que pueda soportar la cirugía”, continuó diciendo.

—“¿Podríamos al menos intentarlo?” —le pregunté, buscando desesperadamente una respuesta positiva.

“Tú sabes cuánto quiero a LOBO y que siempre he hecho lo imposible por salvarlo. Pero en su estado actual estoy seguro de que no sobreviviría a la operación”, me dijo con una tristeza profunda que se reflejaba en su mirada.

—“¿Crees que podríamos aliviar su dolor con medicamentos y darle más tiempo?” —pregunté, aún esperando un milagro.

El doctor me tomó del hombro y me dijo: “Desafortunadamente, el dolor que está experimentando es tan intenso y empeorará debido a la acumulación de gases en su estómago. No merece sufrir de esta manera”.

Un zumbido agudo resonó en mis oídos. Un vértigo me envolvió. Y por un momento pensé que me desvanecería debido a la impresión. Sabía lo que el doctor estaba a punto de sugerir.

—“¿Le dolerá?” —pregunté, apenas pudiendo contener el llanto.

—“Nada de dolor. Tan solo se quedará tranquilamente dormido. Piénsalo y háblalo con Mony”, me dijo dándome espacio para reflexionar.

Salí al auto sin saber qué decirle a Mony. Sosteniendo el teléfono en mi mano durante varios minutos, no me atrevía a llamarla. Sabía que esta noticia iba a destrozarle el corazón.

Finalmente reuní valor y marqué. Le expliqué la situación y la única alternativa que teníamos, que, a pesar de que no era la mejor para nosotros, lo era para LOBO.

Como era de esperar, ella estaba desconsolada. Sin embargo, después de mucha reflexión, llegamos a la conclusión de que lo más importante era evitar que LOBO sufriera un minuto más debido a su enfermedad. Mony solo pudo decirme:

—“Por favor, despídeme de él y asegúrate de que sepa cuánto lo amo y de que siempre lo recordaré”, me dijo ahogada en llanto.

“Dile que lo amo. Dile que lo amo”, me decía sin parar.

“Te lo aseguro”, le dije, mientras colgaba y me dirigía a darle la instrucción al doctor.

Entré a la clínica y le di la aprobación al doctor Gustavo.

Sabía que si él me estaba diciendo que ya no había nada que hacer más que evitarle el intenso dolor que llevaría a LOBO a una terrible y dolorosa muerte, lo más justo era darle paz y permitir que se durmiera plácidamente.

Así ingresamos al consultorio donde LOBO se encontraba. Estaba despierto, pero tranquilo, sobre una camilla de metal donde el medicamento aún hacía efecto, impidiéndole sentir dolor. Entonces el doctor Gustavo tomó la jeringa y aplicó el contenido en la manguera que llevaba el medicamento a la patita delantera derecha de LOBO. No podía creerlo: de los ojos del doctor brotaban lágrimas que escaparon y rodaron por sus mejillas mientras aplicaba la solución con la jeringa.

—“Toma tu tiempo y despídanse”, me dijo con la voz entrecortada por el llanto mientras, al salir, acariciaba cariñosamente la pata de LOBO y apretaba su pelaje.

No deseaba que LOBO me viera llorar para no inquietarlo; sus ojos estaban fijos en mí y se mostraban serenos, con gran paz, como si quisieran decir: “No te preocupes. Está bien”. Al menos, eso es lo que yo deseaba escuchar.

Junté mi frente con la suya. Y puse mis ojos frente a sus ojos, mientras lo acariciaba con la mayor ternura que fuera yo capaz de transmitir.

Le dije que Mony lo amaba y que le agradecía por todo lo que nos había dado. Le dije lo felices que nos hizo su llegada a nuestras vidas y que, aunque la vida ya no sería la misma sin él, todo estaría bien. Le aseguré que estaría con él hasta que se durmiera, que no se preocupara.

No sé por qué, pero mientras él luchaba por mantenerse despierto y no cerrar los ojos, tomé su patita entre mis dedos, sin despegar mi frente de la suya, y comencé a cantarle una canción.

Cuando te tomo de la mano...

Y tú me dices: Yo te quiero...

No necesitas ni decirlo.

Cuando te vi lo comprendí.

Es el amor que yo soñé...

Y sin pensar me enamoré.

Cuando de pronto yo sentí...

Mi corazón canta así...

Poco a poco dejó de luchar por quedarse.

Sus ojos se cerraron.

Y ya no volvió a abrirlos.

Volteé a ver el electrocardiograma que medía sus latidos...

y tuve el privilegio de estar presente en el último de ellos.

Fue hasta ese momento que rompí en llanto, sin importarme quién me viera. Lo abrazaba y apretaba, sin decir una sola palabra con mi voz, pero gritándole cuánto lo amaba con mi espíritu.

Las enfermeras, la recepcionista y el doctor Gustavo comenzaron a llorar también, y juntos lo despedimos en silencio por unos minutos más.

El doctor Gustavo me dijo que él se encargaría de todo y que nos hablaría cuando estuviera listo para recoger sus cenizas.

Como pude, salí hasta el carro y me quedé sentado sin moverme por un largo tiempo antes de marcarle a Mony.

Cuando reuní el valor para hacerlo, le hablé y le conté, en la versión más corta y suave que pude encontrar, que LOBO ya estaba descansando y que había recibido su mensaje, tal como ella lo había pedido.

Mony lloraba al otro lado de la línea, sumida en la tristeza y la frustración de no haber podido estar allí con él. Pero el destino había dispuesto así las cosas y, quizás, tal vez quizás... de la mejor manera.

Al regresar, me formé en la línea internacional para cruzar a San Diego. En el lado de San Ysidro, una larga fila de autos se extendía ante mí, y la noche me sorprendió mientras esperaba mi turno para cruzar.

Mis emociones fluctuaban como en una mesa de ping pong e iban y venían de un lado a otro. Por momentos recordaba situaciones graciosas que habíamos compartido con LOBO, lo que me arrancaba una sonrisa. Al momento siguiente... rompía en llanto al darme cuenta de que ya no estaría ahí con nosotros.

De pronto, un sentimiento de culpabilidad me arrastró, llevándome a las zonas más profundas de mi tristeza. Sentía que un ataque de ansiedad parecía estar a punto de invadirme.

“Le acababa de quitar la vida a mi mejor amigo”.

“¿Qué clase de amigo hace eso?”

“¿Debería haberlo dejado a la naturaleza?”

La angustia y la ansiedad se apoderaban poco a poco de mí. El llanto ahora tenía un sabor amargo que no me dejaba respirar. No sabía si las personas en los otros autos me estaban viendo, pero en ese momento me sentía solo... en medio de un desierto desolado.

Mi corazón latía a un ritmo frenético, mis pensamientos me traicionaban y la culpa me consumía.

De pronto, unos golpecitos en la ventana de mi lado me devolvieron a la realidad. Tenía tantas lágrimas cubriendo mis ojos que apenas podía ver.

Nuevamente, los golpes se hicieron presentes en la ventana, esta vez un poco más fuertes.

Regresé de un golpe de ese agujero negro donde vive la culpa para encontrarme con un vagabundo que tocaba mi ventana.

Casi sin poder ver por las lágrimas, logré identificar la figura de un hermoso viejecito barbado y de largo cabello blanco. Bajé la ventana y le escuché decir con una muy cálida voz:

“No llores, joven.

Lo tienes todo.

Ayúdame y cómprame el último paquete que tengo para poder irme a descansar”.

Me decía mientras me ofrecía un paquete de pastillas de miel con eucalipto.

No sé por qué razón, mi respuesta fue:

“¿Hasta dónde vive?”

“Debajo del puente”, me respondió.

Su imagen, aunque no podía distinguirla bien por las lágrimas y porque, por vergüenza, no quería verlo directamente, me había cautivado. Me recordaba a alguien que no podía identificar claramente debido al torbellino de pensamientos que ocupaba mi mente en ese momento.

Así que, sin pensarlo, tomé el paquete de dulces de miel y todo el dinero que tenía conmigo

(lo que consideré suficiente para poder decirle al anciano):

“Tome, por favor, comprese algo para cenar. Vaya a ese motel que está enfrente, dése un baño caliente y descanse. Ya mañana será otro día”.

El viejito me agradeció y tomó el dinero, mientras yo continuaba tratando de esconder la cara.

Subí la ventana y avancé un poco, pues los autos lo habían hecho mientras yo tenía mi conversación con el viejito.

Mientras avanzaba, miré en el espejo lateral y pude ver al anciano caminando cansado, con su largo cabello canoso ondeando con la brisa nocturna. Su caminar me recordó al de LOBO en sus últimos días. Un extraño sentimiento me invadió y me olvidé de la culpa que había amenazado con consumirme.

Me sequé las lágrimas y reflexioné sobre la similitud entre ambos. De repente, sentí un toque en la ventana nuevamente. Sorprendentemente, era el anciano, que me había alcanzado una vez más. Bajé la ventanilla y lo miré a los ojos mientras él decía:

“Muchas gracias, joven, por mandarme a descansar. Ya estaba muy cansado. Muchas gracias”.

El anciano sonrió, se dio la vuelta y continuó su camino con paso lento.

Las lágrimas regresaron de manera repentina al escuchar sus palabras y, esta vez, lo reconocí claramente. Era el hombre de barba cana y ojos color miel que me había visitado en mi patio para entregarme aquel mensaje. Pero esta vez estaba vestido como un indigente, aunque seguía vestido de color claro, con una especie de conjunto como de manta color hueso y con un morralito colgado al hombro. ¡Era él!

Cuando reaccioné, inmediatamente lo busqué a lo largo del acotamiento y entre los autos, pero ya no lo hallé. Era imposible que hubiera desaparecido en medio del freeway, simplemente imposible. Pero así fue y, aunque me bajé del auto, ya no lo encontré.

“Muchas gracias por mandarme a descansar. Ya estaba muy cansado”.

Había recibido el mensaje que llegó como un bálsamo sanador que calmó mi profundo dolor, transformándolo en una paz infinita. Ahora sabía que había hecho lo correcto con mi mejor amigo.

No podía esperar para llegar y contárselo a Mony.

En cuanto Mony vio las luces del auto reflejarse en la ventana de la casa, salió a recibirme con un abrazo doloroso y empapada en llanto.

Le conté lo sucedido con el anciano del camino y, poco a poco, aquello que había sido oscuro, triste y desgarrador comenzó a transformarse.

No dejó de doler...

pero ya no era lo mismo.

El dolor... se volvió silencio.

Y el silencio, espacio.

Frente a su camita vacía, algo se aquietó dentro de nosotros.

Su cuerpo... ya no estaba,

pero su esencia había quedado... impregnada en nuestra vida.

Todo lo que había sido seguía ahí,

sin presencia...

pero ahí.

En ese silencio comprendimos que LOBO no solo nos había acompañado.

Nos había enseñado.

No con palabras.

No con discursos.

No con ideas.

Con hechos.

Nunca exigió.

Nunca impuso.

Nunca reclamó.

Su tolerancia no era resignación,

era presencia y comprensión.

Su lealtad no era obediencia,

era la elección diaria de amar.

Su serenidad no nacía de la debilidad,
sino de haber conocido la paz.

Su fuerza no consistía en dominar,
sino en existir sin agredir.

Su dignidad no dependía de nadie,
porque se sabía completo.

Y su amor...

su amor... no necesitó lenguaje.

No impuso condiciones.

No pidió nada a cambio.

Bastaba una mirada.

Una pata recargada en silencio.

Su cabeza apoyada en la nuestra...

para hacernos saber: estoy aquí.

Entonces lo entendimos.

No habíamos perdido a un amigo... nos estábamos fusionando con él... para siempre.

Habíamos recibido una herencia.

No una herencia hecha de recuerdos,

sino de valores encarnados.

Una forma de estar en el mundo.

Una medida silenciosa desde la cual mirar la vida.

Y con esa herencia llegó algo más profundo aún:

la conciencia de haberla recibido.

Aquello que antes vivíamos sin nombrar había quedado expuesto.

Y una vez visto, ya no podía ignorarse.

Ya no podía desverse.

Comprendimos que el verdadero privilegio

no era haber amado así,

sino haber aprendido “cómo amar así”.

Y que la responsabilidad no nacía de una obligación,

sino del simple hecho de saberlo y elegir hacer algo con ello.

Tal vez —entendimos— la forma más honesta de honrar a LOBO

no era solo recordarlo,

sino... intentar convertirnos, poco a poco,

en aquello que él había sido para nosotros.

Y vivir...

como si fuéramos, al menos por instantes,

las personas que él siempre supo que éramos.

Las horas pasaban, y era imposible creer que la vida ya no era la misma. Su olor, su camita, su plato... todo estaba ahí, esperándolo.

El dolor era tan profundo que incluso llegué a pensar que podríamos enfermarnos. Todo había cambiado. No éramos otros... pero tampoco éramos los mismos.

Unos días después, o semanas quizá, en uno de esos momentos en que el vacío se hacía más profundo, aquella voz volvió a manifestarse en mi interior y, como un amigo, susurró solo dos palabras:

“Todo pasa.”

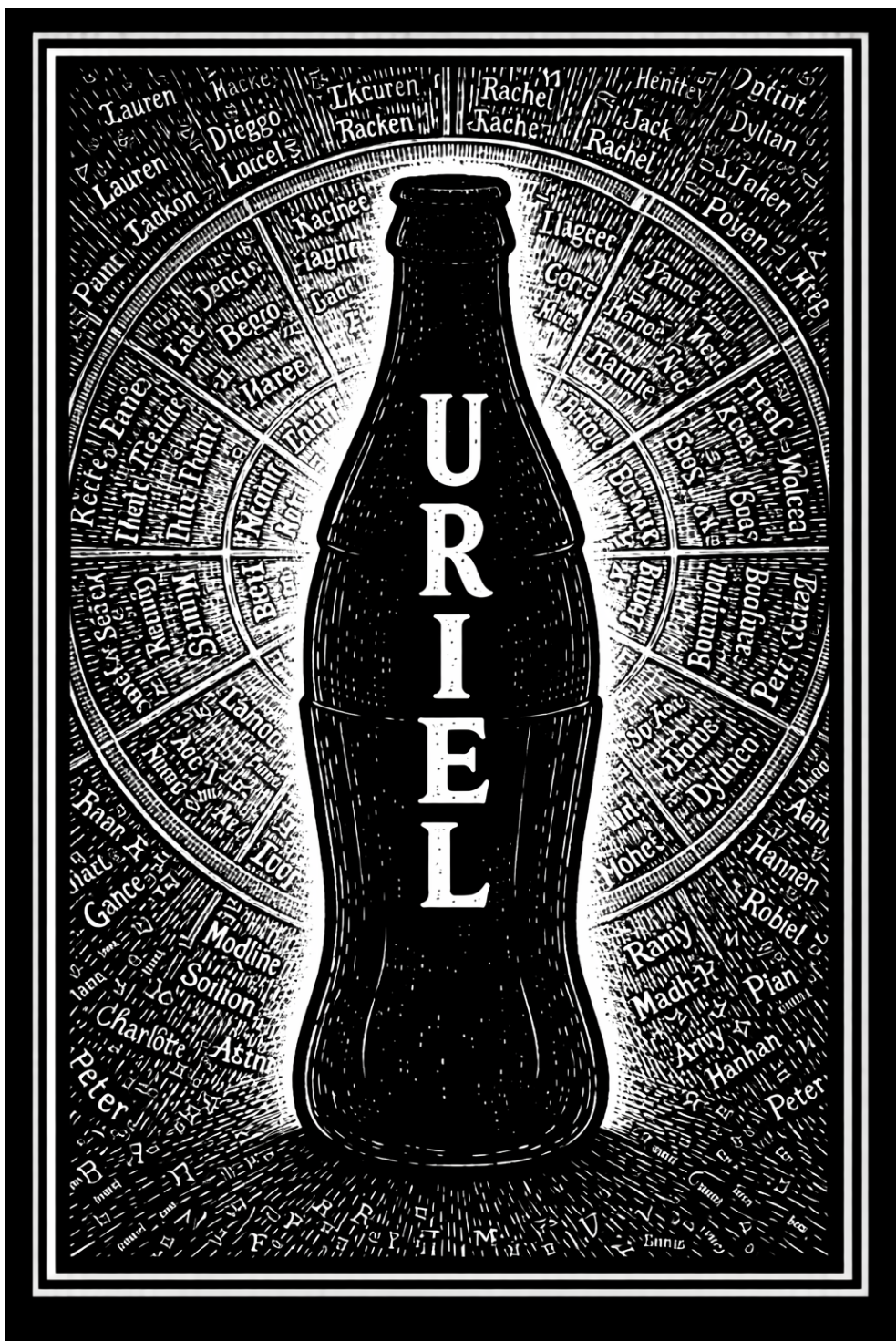
De inmediato entendí que no se refería a que las cosas simplemente ocurren, sino a que incluso el sufrimiento más grande algún día cesa. Que ningún dolor está hecho para ser eterno. Y que, aun en medio de la oscuridad, el alma encuentra la manera de volver a la luz.

Compartí esas dos palabras con Mony. Y en ese instante, ambos comprendimos que no se trataba de olvidar, sino de sostener el momento con la certeza de que también tendría un final. Y que nuestras lágrimas no eran de dolor... eran de amor. De tanto amor que nos hacía romper en llanto.

Han pasado más de catorce años desde la partida de LOBO. Y aun en el presente, cuando alguien nos pregunta cuándo fue la última vez que lloramos por él... nuestra respuesta, con lágrimas en los ojos, sigue siendo la misma:

Hoy.





24.- HASTA EN LA COCA

Mi propósito de buscar a “otros” que hubieran recibido el mismo mensaje no solo fue puesto en pausa... fue detenido por completo.

La despedida de LOBO no interrumpió un plan; detuvo un proceso que aun no estaba maduro.

Habíamos asumido una nueva responsabilidad con su legado, y yo sentía que no podía avanzar hacia afuera si antes no aprendía a sostener lo que se nos había confiado hacia adentro.

Su partida había dejado de ser una pérdida para convertirse en una revelación. Ya no hablábamos del cambio como una idea lejana ni como un concepto espiritual abstracto. Ahora sabíamos que el cambio no se anuncia: se vive. No se proclama: se encarna.

LOBO no nos enseñó qué pensar, sino cómo estar en el mundo. Su legado no fueron solo hermosos recuerdos, sino una forma de existir: conectado a la vida, a la naturaleza, al presente.

Comprendimos que los valores no se practican de vez en cuando ni se presumen; se habitan. Se caminan. Se sostienen incluso cuando nadie mira.

Mony lo resumió con una claridad que me atravesó.

—Creo que para alcanzar la espiritualidad no se necesita ir al Tíbet —dijo—. Solo necesitamos tratar de parecernos más a un perro.

No hablaba de imitar a un animal. Hablaba de recuperar una forma de estar en el mundo sin complejos, sin dogas, sin ego espiritual.

A veces creemos que la transformación exige distancia, ritual o doctrina. Quizá solo exige coherencia e integridad.

Así que entendí que, antes de encontrar a esos otros, primero tenía que integrar.

Tenía que aprender a sostener lo que había recibido.

Tenía que aprender a ser... el nuevo yo.

Comprendí que no podía salir a confirmar nada si todavía no había integrado lo esencial: que el cambio comienza por uno mismo.

Así, entre recuerdos, llanto y reflexiones, finalmente llegamos al 21 de diciembre de 2012.

Las interpretaciones contemporáneas sugerían que el cambio de baktún podría ser un momento propicio para el crecimiento espiritual o la transformación personal.

Alrededor de ese momento convergían varias narrativas. No solo era el cierre del ciclo maya; en distintos círculos se hablaba también de una transición simbólica de la Era de Piscis a la Era de Acuario, asociada no a catástrofes, sino a un cambio gradual de conciencia colectiva. Qué curioso, ¿no?

Piscis había representado, durante siglos, la fe organizada, la estructura, la autoridad espiritual centralizada.

Acuario, en contraste, simbolizaba conocimiento compartido, redes, responsabilidad individual y despertar colectivo.

Esto resonaba con nosotros como una oportunidad de cambio o incluso como una advertencia de no continuar por el camino en el que nos hallábamos. Para nosotros, ese cambio no sería visible ni inmediato. Sencillamente, el momento del cambio se estaba gestando y, quizás, el ciclo si concluiría en la fecha señalada, dando inicio a una serie de eventos que conducirían a esa tan esperada renovación.

Pero la mayoría de las personas esperaba algún acontecimiento espectacular que no dejara lugar a dudas. Señales en el cielo, terremotos o una iluminación instantánea de la conciencia.

Nosotros tampoco sabíamos qué esperar. Solo sentíamos la necesidad de permanecer atentos, abiertos, conscientes de que algo se estaba cerrando y algo nuevo intentaba abrirse paso.

Para nosotros no se trataba de una fecha exacta ni de un fenómeno medible con relojes humanos. Era un proceso.

Y los procesos... se gestan.

Recordemos que el tiempo es totalmente relativo y que lo que para nosotros representa toda una vida, para la vida misma es tan solo un instante. Por lo tanto, esto supondría —al menos para nosotros— que ese “cambio” iniciaría y que sus consecuencias se harían presentes en una escala mayor a la del tiempo que manejamos. Quizá no nos toque ver su conclusión en vida, pero tenemos la fortuna de ser testigos de su inicio.

Sin embargo, cuando el día llegó... no ocurrió ningún evento visible, y todos aquellos que habían contenido la respiración respiraron aliviados nuevamente... solo para concluir:

Otra vez... no pasó nada.

La expectación se transformó en burla.

La fecha quedó reducida a anécdota.

Se esperaba catástrofe o iluminación instantánea.

No transformación silenciosa.

Parecía repetirse siempre el mismo patrón que vimos anteriormente con lo que parecía ocurrir en las películas: se espera un gran acontecimiento y, cuando este no cumple con la forma exacta que imaginábamos, se minimiza, se racionaliza o se descarta. El evento ocurre, pero no basta. No sacude lo suficiente. No obliga a cambiar. Y así, con el paso del tiempo, se diluye y deja de incomodar.

Así que, para la gran mayoría de la humanidad, sí: el 21 de diciembre de 2012 llegó y se fue. Pasó, y la Tierra no tembló, no

cayó ningún asteroide del cielo ni la humanidad desapareció. Todo continuó... decepcionantemente igual.

Tristemente, para la mayoría, el 2012 terminó como empezó. Pero, para nosotros, no.

Sabíamos que el mundo pedía a gritos un cambio.
Sabíamos que estábamos justo en ese momento.
Y ahora sabíamos qué teníamos que hacer. Ya no teníamos pretexto.

Desde esta perspectiva, asumimos la responsabilidad de responder a ese llamado y de modificar los resultados de ese futuro, que depende de nuestras decisiones presentes. Sin embargo, albergábamos la esperanza sincera de que durante ese período muchas almas hubieran experimentado una metamorfosis interior que las impulsara a iniciar ese cambio tan necesario para la humanidad. Nosotros mismos habíamos atravesado nuestra propia transformación, un proceso que aún hoy seguimos atravesando con dolor y asombro.

Comenzó el 2013 y, en nuestro corazón, persistía la sensación de aquella nueva coincidencia entre el pedir y el recibir, ocurrida en el momento en que solicité a Uriel aliviar el dolor de LOBO, recibiendo una respuesta inmediata con el cese del intenso sufrimiento que lo aquejaba. Además, la oportuna aparición del enigmático hombre de barba cana, que con su mensaje me sacó del profundo y oscuro abismo de culpa en el que estaba cayendo.

Este suceso fortaleció nuestra creencia de que Uriel realmente estaba con nosotros. Aunque Mony insistía en que era conmigo con quien había establecido una comunicación y no con ella, yo la invitaba a que le permitiera entrar también en su vida, a que le hablara como a un amigo y esperaríamos a ver qué sucedía.

Mony aceptó emocionada hacer la prueba y me preguntó si podía compartirlo con su mamá también, pues estábamos convencidos de que Uriel había ayudado a LOBO en ese momento de angustia.

Domi es el nombre de mi suegra. Es una persona de gran corazón y de una sensibilidad poco común. Además, era una de las pocas personas que se había interesado genuinamente por el sueño del Angelismo y los mensajes relacionados con él. No vi razón para no invitarla también a intentar iniciar un contacto con Uriel. Después de todo, quizá todo esto se trataba de descubrir y compartir el mensaje recibido.

La emoción y la conexión afectiva con su madre llevaron a Mony a compartirle nuestra experiencia con Uriel y LOBO, extendiéndole la invitación a hablarle mientras se comunicaban por teléfono.

— Así es, mamá. ¿Recuerdas el sueño que te conté, donde descubrimos que el símbolo era un sigilo angélico, la firma de un ángel perteneciente al arcángel Uriel? —le decía Mony, mientras su mamá escuchaba atenta al otro lado de la línea.

— Sí, claro que lo recuerdo. Uriel... qué nombre tan especial. Nunca lo había escuchado antes de que me contaras el sueño —respondió con emoción en la voz.

— Ahora que lo mencionas, tampoco nosotros lo habíamos escuchado antes —replicó Mony.

Mony le recordó lo sucedido con LOBO y cómo, al parecer, Uriel había intervenido. Le explicó que estábamos convencidos de que, de alguna forma, nos escuchaba, por lo que la invitó a hablarle también para ver si recibía alguna respuesta.

La mamá de Mony aceptó con emoción hacer la prueba y, como es una persona muy devota, le dijo que además encendería una veladora para honrarlo y recibirlo.

Después de colgar, Mony me compartió la emoción que su mamá había sentido al participar en este pequeño experimento y su agradecimiento por compartir con ella nuestra historia.

Lo que sucedió pocos días después fue la confirmación de que quien estaba con nosotros era Uriel, pues comenzaron a ocurrir cosas fuera de lo común.

Una mañana, mientras trabajábamos en LOBO, llegó una solicitud de presupuesto. Mony la recibió y, al tomar los datos de quien la solicitaba, quedó sorprendida: el nombre de la persona era Uriel. No lo dejó pasar y me lo comentó, aún extrañada por la coincidencia.

Poco después, al terminar una película y comenzar los créditos finales, el nombre de Uriel apareció ante sus ojos en más de cuatro ocasiones dentro de los diferentes nombres. Mony me lo señalaba emocionada mientras pausaba la reproducción del video.

A partir de ese momento, no solo Mony, sino ambos, comenzamos a ver y escuchar el nombre Uriel en diversos contextos y circunstancias, como si una presencia creciera a nuestro alrededor.

Existe un fenómeno conocido como el Efecto Baader-Meinhof, también llamado síndrome de la frecuencia selectiva. Este fenómeno psicológico ocurre cuando se adquiere un nuevo conocimiento —como una palabra o un concepto— y, de repente, parece comenzar a aparecer en todas partes. En realidad, esto no implica que su frecuencia haya aumentado, sino que nuestra atención se ha vuelto más consciente de ello, y lo reconoce. O quizás... simplemente era una confirmación.

Nosotros decidimos elegir... que lo era.

Poco tiempo después, en una mañana cualquiera, Mony recibió una llamada. Era la señora Domi, su madre.

—¿Sí, bueno? —alcanzó a decir Mony, cuando su madre la interrumpió emocionada—. ¿Sabes qué? ¡Uriel me apareció en la Coca!

—¿Cómo que en la Coca? —preguntó Mony, desconcertada.

—Sí, en la Coca. ¿No sabes que las botellas de litro y medio traen etiquetas personalizadas con nombres? Hoy pedí que me trajeran una y, al voltearla... ¡Uriel era el nombre impreso! —dijo con entusiasmo.

Efectivamente, la promoción de Coca-Cola en la que se imprimieron nombres propios en las etiquetas de botellas de litro y medio comenzó en México en el año 2013. Esta campaña, conocida como *Comparte una Coca-Cola con...*, fue un rotundo éxito y permitió a los consumidores encontrar botellas con nombres populares, generando una fuerte conexión emocional con la marca.

Sin embargo, según el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI), el porcentaje de personas con el nombre Uriel en México es muy bajo, lo cual no lo convierte precisamente en un nombre común y reduce drásticamente la probabilidad de que una etiqueta llevara ese nombre en lugar de otros mucho más frecuentes, como José, Luis, Alfonso o Pedro.

Para nosotros, aquello fue una prueba contundente de respuesta.

A partir de ese día, Uriel entró oficialmente en nuestras vidas, convirtiéndose en un amigo cercano y llevando todo lo relacionado con el sueño y el mensaje a una dimensión superior. Eran demasiadas coincidencias y todo parecía indicar que el mensaje era auténtico.

Nuestra comunicación con él se volvió más directa. Ahora nos dirigíamos a él por su nombre, de manera abierta, como lo haríamos con un buen amigo al solicitar claridad o ayuda.

Así, una mañana, mientras me preparaba para salir a trabajar, aquella pregunta que llevaba meses rondando de manera insistente en mi mente volvió a hacerse presente con una fuerza particular.

No era una duda superficial ni pasajera, sino una inquietud profunda que se había ido gestando desde el cierre del ciclo, desde lo vivido, desde lo observado en el mundo y en nosotros mismos,

puesto que reconocíamos la deshumanización y veíamos cómo se hacía cada día más evidente y se extendía por todo el mundo.

¿Estábamos aún a tiempo de redireccionar nuestras acciones, de provocar un cambio real como humanidad... o ya no?

La respuesta llegó de forma inmediata, con una frase corta y absoluta:

—El tiempo de elegir pasó. Y la elección no estará condicionada a premio o castigo. El final será el resultado de su Libre Albedrío.

De inmediato corrí por una libreta que había destinado para registrar este tipo de mensajes y lo anoté, temiendo olvidarlo.

No lo entendí como sentencia.

Lo entendí como cruce de umbral.

El tiempo de elegir desde la inconsciencia había terminado.

Ahora cada decisión sería asumida.

El desenlace no dependería de un evento externo.

Dependería de nosotros.

La emoción y el miedo comenzaron a mezclarse en mí. Era emocionante ver cómo todo encajaba y otorgaba sentido al mensaje a la luz de años de búsqueda. Pero también surgía una profunda tristeza al contemplar la verdadera cara de la humanidad, con la sensación de que no lograría corregir su rumbo.

Al bajar a desayunar, compartí el mensaje con Mony. Ella lo recibió en silencio. Su mirada triste me hizo sentir que su corazón también lo sabía.

Durante días no hablamos mucho del tema. No hacía falta. La frase había quedado suspendida entre nosotros como una verdad incómoda.

“El tiempo de elegir pasó.”

No sonaba a castigo.
No sonaba a amenaza.
Sonaba a responsabilidad.

Comprendimos que no se trataba de esperar otro acontecimiento en el cielo ni otra señal extraordinaria que nos indicara qué hacer. La elección ya no era teórica. No estaba en una fecha, ni en un calendario, ni en una profecía.

Estaba en la forma en que viviríamos a partir de ese momento.

Habíamos recibido algo.
Y ahora la pregunta no era quién más lo había recibido.

La pregunta era qué haríamos nosotros con ello.

Porque un mensaje no transforma por existir.
Transforma cuando se encarna.

Y quizá el verdadero punto de inflexión no ocurrió en el cielo aquel 21 de diciembre, sino en un lugar mucho más silencioso: en la conciencia de cada persona que, habiendo entendido algo, ya no podía fingir que no lo sabía.

Porque, si somos honestos, la pregunta no es si ocurrió algo en el 2012.

La pregunta es otra:

¿Realmente no pasó nada?

Haz memoria.
Vuelve a esos años.
Piensa si, como nosotros, no hubo algún quiebre silencioso.
Alguna pérdida.
Alguna revelación.
Algún evento que desplazó para siempre tu manera de mirar el mundo.

Tal vez no hubo terremotos.
Pero hubo movimientos internos.
Tal vez no cayó el cielo.
Pero algo dejó de encajar.

Y eso, aunque no haya sido colectivo ni espectacular, también es un punto de inflexión.

No se trata de convencer al mundo de que algo ocurrió.
Se trata de reconocer, con honestidad, lo que ya se movió en nosotros.

Porque cuando algo cambia por dentro, la verdadera elección ya no es creer o no creer.

La elección es qué hacemos con lo que comprendimos.

El tiempo de elegir inconscientemente... pasó.

Ahora la respuesta depende de nuestra responsabilidad... de nuestro libre albedrío.

.





25 NO ES EL SISTEMA... ES EL USUARIO

El tiempo continuaba su imparable marcha. El mundo, para mí, comenzaba a hacerse un poco más claro y, por lo tanto, también un poco más incómodo. Sentía que mi mente intentaba resolver un crucigrama sin letras de referencia, o armar un rompecabezas compuesto únicamente por piezas blancas. Mi análisis observaba y cuestionaba, tratando de entender por qué el mundo continuaba caminando hacia un precipicio que parecía evidente, si las señales de peligro estaban frente a nosotros.

Fue entonces cuando algo cambió en mi forma de mirar el problema. Más allá de la posible manipulación de imágenes que adormecen, que acostumbran o desensibilizan, apareció una inquietud distinta:

¿qué estaba pasando con todos aquellos que sí lo habían visto?
¿con quienes habían recibido el mensaje... o, mas allá aún, con quienes habían heredado esa responsabilidad como una estafeta ya integrada en sistemas destinados a transmitirlo?

El problema no es que falten mensajes espirituales, sino lo que los seres humanos hacemos con ellos cuando los recibimos.

Si las señales existen y algunos llegan a percibir las, la cuestión deja de ser por qué el mundo no ve el mensaje... y pasa a ser otra mucho más incómoda: qué ocurre con quienes dicen haberlo recibido.

Es importante recordar que, como seres humanos, tenemos la necesidad inherente de buscar significado y propósito en la vida, así como respuestas a interrogantes fundamentales, o apoyo divino y un sentido de protección en tiempos difíciles. Esa necesidad nos

ha llevado a la creación de religiones y sistemas de espiritualidad a lo largo de la historia.

No es mi intención analizar estos sistemas espirituales o religiosos, sino encontrar el significado del mensaje que recibí y su relación con los tiempos que vivimos. Por eso resulta importante observarlos y, desde mi perspectiva, preguntarme si realmente son el camino correcto para lograr ese cambio del que hablan profecías, leyendas, mitos y textos sagrados.

Para explicarlo, permítanme contarles una historia a manera de analogía:

En LOBO, nuestra agencia de publicidad, asumimos la responsabilidad de cuidar la imagen corporativa de nuestros clientes. En ocasiones, esto nos conduce a reuniones técnicas donde se analiza información útil para evaluar y mejorar aspectos internos de las compañías. En cierta ocasión, Mony asistió a una reunión en la que se revisaba el sitio web y las funciones restringidas implementadas para que los asociados pudieran acceder a los procedimientos necesarios para mantener su certificación ISO.

El ingeniero de sistemas se mostraba confundido: los objetivos no se estaban alcanzando y los nuevos programas parecían no funcionar, aunque no lograban encontrar el fallo. Tras horas de análisis, el dueño de la compañía tomó la palabra:

—No es el sistema, es el usuario.

Las miradas se dirigieron hacia él con desconcierto, incluida la de Mony, quien preguntó:

—¿A qué te refieres?

George, el joven empresario, se levantó y explicó:

—El sistema está en orden, los procedimientos son correctos, pero los usuarios los están aplicando mal. Omiten pasos para esforzarse menos... y por eso no logramos los resultados esperados. El abuso

de esas conductas ha provocado que el sistema pierda eficacia y, con ello, los objetivos fracasan.

Cuando Mony me relató esa reunión, lo que me sorprendió no fue el hallazgo técnico, sino el mensaje detrás de la frase, aplicable a innumerables situaciones. Desde entonces, esta anécdota quedó en nuestra memoria como ejemplo para cuando algo parece no funcionar. Muchas veces, al observar con detenimiento, descubrimos que no es el sistema el que falla, sino el uso que hacemos de él. Somos responsables de que las relaciones, las leyes, las políticas, los sistemas, las religiones e incluso la vida misma — que es perfecta — no funcionen.

Quizás esta sea una de las razones por las cuales, como humanidad, no hemos alcanzado nuestro máximo potencial. Tal vez se nos dieron las herramientas y el conocimiento, pero no sabemos utilizarlos o terminamos abusando de ellos. La apatía, el abuso, la falta de compromiso y de identidad nos llevan a simplificar el camino, evitando el sacrificio. Así, lo que debería funcionar, no funciona. La información y el conocimiento están ahí, pero preferimos tomar solo lo que nos resulta útil y desechar el resto, evitando el compromiso.

¿Por qué parece que estamos atrapados en una rueda de hámster, volviendo siempre al mismo punto? ¿Por qué, pese a momentos de aparente Despertar Espiritual, no llegamos a un verdadero equilibrio? ¿Por qué seguimos repitiendo los mismos errores, incluso cuando las profecías y mitos hablan de una última oportunidad para retomar el camino?

No es la primera vez que la humanidad busca un despertar. Un ejemplo claro lo encontramos en la Contracultura de los años sesenta. Aquel movimiento — más allá de su activismo político y social — dio voz a una generación que anhelaba autenticidad, paz y espiritualidad. El movimiento hippie exploró filosofías orientales, la meditación, el yoga, la conexión con la naturaleza y la idea de vivir en armonía con el entorno.

Sin embargo, junto a esa búsqueda genuina también apareció el abuso. El uso de sustancias psicodélicas como el LSD y la marihuana generó experiencias que parecían espirituales, pero que, mal utilizadas, terminaron debilitando la seriedad del movimiento. A ello se sumó la adopción superficial de la estética hippie por quienes buscaban moda más que compromiso.

La propuesta original del movimiento era noble: amor, paz, libertad, igualdad, respeto por la naturaleza y una espiritualidad más libre. Pero la falta de autenticidad y el abuso lo fueron desgastando hasta convertir el término hippie en un estereotipo de vagancia, drogas y falta de responsabilidad.

Aun así, algunos de sus ideales sobrevivieron y hoy siguen influyendo en movimientos contemporáneos: el interés por la ecología, la búsqueda de paz, igualdad y estilos de vida sostenibles. La lección es clara: sin autenticidad ni compromiso profundo, cualquier despertar espiritual corre el riesgo de colapsar y perder su esencia.

Al movimiento de la Contracultura le siguió, en el terreno espiritual, otro que ha llegado hasta nuestros días: el New Age. Este se caracteriza por promover una espiritualidad holística que abarca múltiples tradiciones y prácticas, sosteniendo la idea de que todas las religiones y filosofías pueden contener una parte de la verdad, y que cada persona puede crear su propia mezcla de creencias.

Dentro del New Age se habla de metafísica, de la Ley de Atracción, de experiencias místicas, meditación profunda, contacto con entidades espirituales y sanación holística mediante terapias alternativas y energéticas. Muchos de sus seguidores creen en la reencarnación, en la evolución del alma a través de múltiples vidas, y practican astrología, numerología o disciplinas similares para comprenderse mejor a sí mismos y al mundo. También promueven la conciencia ecológica y la conexión con la naturaleza como expresión espiritual.

En esencia, el New Age enfatiza el desarrollo personal, la autoayuda y el empoderamiento, practicando un sincretismo espiritual que combina elementos de distintas tradiciones. Si en tu despertar espiritual reconoces algunos de estos rasgos, probablemente estás dentro del New Age.

Pero, al igual que ocurrió con el movimiento hippie, cuando estos elementos se adoptan por moda, por necesidad de pertenecer o por abuso de algunos, los valores se desvirtúan y surge la percepción de incoherencia o de prácticas ligadas al charlatanismo.

Una de las críticas más comunes al New Age es la aparición de “gurús” o “expertos” sin formación legítima que explotan la necesidad de respuestas espirituales. También proliferan los pseudo-metafísicos —tarotistas, astrólogos o médiums— que lucran con las emociones ofreciendo lo que la gente quiere escuchar. Existen profesionales serios y éticos en estos campos, pero la falta de regulación ha permitido abusos y afirmaciones infundadas.

Otro señalamiento es la falta de sustento científico en muchas de sus prácticas, lo que lleva a algunos a considerarlo pseudociencia o una espiritualidad superficial, centrada en la gratificación inmediata más que en un compromiso profundo. La comercialización excesiva de productos y servicios “espirituales” también ha contribuido a esa crítica.

Sin embargo, es importante no generalizar: el New Age es un mosaico diverso, con practicantes serios que buscan crecimiento espiritual y bienestar personal. La lección que deja es la misma que con otros movimientos: el abuso y la falta de identidad son defectos humanos que pueden infiltrarse en cualquier camino espiritual. Por eso, la responsabilidad de quienes lo practican es proteger su integridad y preservar sus valores frente a las distorsiones.

En las últimas décadas, quizá como efecto de la fiebre apocalíptica que rodeó al año 2012, surgió un movimiento “Zen” de moda. La meditación cobró un nuevo impulso y por todas partes se

escuchaba la palabra “namaste” como distintivo de espiritualidad. Desde mi perspectiva, esto adquirió tintes ridículos: parecía que algunos adoptaban palabras y rutinas sin verdadera conexión emocional. Creían que al decir “namaste” y hacer algunos estiramientos en su estudio de yoga local podían volverse, casi mágicamente, más espirituales. Por desgracia, estaban muy lejos de la realidad.

Algunas personas incorporaron elementos de estas prácticas sin comprensión profunda ni compromiso auténtico, trivializando la espiritualidad. Claro que la autenticidad varía: algunos empiezan con curiosidad superficial y luego profundizan; otros se quedan en la superficie comercial y desvirtúan la práctica.

No dudo que existan verdaderos maestros yoguis capaces de guiar a sus estudiantes hacia un mayor nivel de conciencia. Sin embargo, en muchas de las personas que escuché despedirse con un “namaste” percibía más una moda pasajera que un camino interior. Era como quien vuelve de vacaciones hablando con acento extranjero, solo para perderlo a las pocas semanas.

Este fenómeno tampoco es exclusivo del New Age. También ocurre en contextos religiosos. Aunque los mensajes y preceptos poseen una belleza innegable, la falta de conocimiento, la pérdida de identidad de algunos seguidores o el abuso de poder de ciertos líderes pueden volver la vivencia espiritual menos trascendente.

Así, de manera similar al fenómeno “namaste”, también he visto a personas que llenan su vida de “amén” y “bendiciones” como si esas palabras, por sí solas, pudieran dar profundidad espiritual inmediata. Pero una bendición vacía de intención carece de efecto: se convierte en mero sonido sin trascendencia.

En este punto me viene a la mente una experiencia curiosa con la palabra intención. En cierta ocasión, alguien se disculpó conmigo por no cumplir lo prometido y yo respondí: “No te preocupes, lo que cuenta es la intención”. Esa noche, mientras me preparaba para dormir, esa voz que a veces se dirige a mí susurró en mi mente:

—No es la intención lo que cuenta, sino la voluntad.

Como solía ocurrir con esos mensajes, pasé horas reflexionando. Al conversarlo con Mony comprendí que era cierto: la intención es solo eso, intención. Puede estar ligada al deseo o al propósito, pero no asegura la acción. En cambio, la voluntad es la fuerza que convierte una idea en hechos; implica decisión, disciplina y esfuerzo, incluso cuando cuesta.

De ahí que la frase “la intención es lo que cuenta” se haya vuelto una excusa común para justificar lo que no cumplimos. Decimos “lo intenté”, pero en realidad significa “no lo hice”. Porque cuando hay verdadera voluntad, la acción ocurre, salvo que un hecho externo y realmente inevitable lo impida.

En el contexto de Landmark Forum, a esto se le llama integridad: ser fiel a uno mismo y a los compromisos asumidos; cumplir lo prometido, ser honesto, vivir en coherencia con los propios valores y asumir responsabilidad por las acciones.

Por eso, modificando mi comentario anterior, tal vez debería decir: “Una bendición sin la verdadera voluntad de desear el bien a alguien son solo palabras vacías”. Es asombroso cómo una frase tan hermosa como “que Dios te bendiga” puede perder su fuerza cuando se usa de manera automática y superficial, como ocurría con el término “namaste”.

En muchos caminos espirituales también aparece otro fenómeno curioso: la tendencia a trasladar la responsabilidad del cambio interior hacia objetos o rituales externos. Encender una vela, colocar sal en una habitación, cargar un amuleto o realizar determinados actos bajo la luna llena pueden tener un valor simbólico para quien los practica. El problema surge cuando esos gestos sustituyen el trabajo interior que deberían representar. A veces pareciera que buscamos en ciertos objetos o rituales una forma de acelerar un proceso que, en realidad, solo puede lograrse mediante conciencia y coherencia interior. Como ocurre en el mundo del deporte, donde algunos recurren a sustancias para sustituir el esfuerzo sostenido del entrenamiento, también en la

espiritualidad puede aparecer la tentación de buscar atajos que prometen resultados sin disciplina ni transformación real.

Esa idea también me llevó a pensar en otra distinción importante: la diferencia entre religión y espiritualidad. La religión es un sistema organizado de creencias, rituales y normas, sostenido por instituciones y líderes. La espiritualidad, en cambio, es una experiencia personal que busca conexión con lo trascendente, con sentido y propósito en la vida. La religión puede ser un camino hacia la espiritualidad, pero no son lo mismo: no todas las personas religiosas son espirituales, ni todas las personas espirituales son religiosas.

Cuando era niño viví en una zona rodeada de colonias consideradas “peligrosas”. Allí observé a personas marcadas por la delincuencia o las adicciones que, aun así, se proclamaban devotas de la Virgen de Guadalupe o del Sagrado Corazón de Jesús. Aquella experiencia me hizo ver que su religiosidad —que muchas veces se limitaba a visitar una iglesia de vez en cuando— no los convertía necesariamente en personas espirituales.

Aclaro: no estoy diciendo que las personas religiosas sean delincuentes o adictas. Al contrario, señalo cómo, en algunos casos, quienes atraviesan situaciones difíciles buscan refugio en creencias religiosas para sentirse mejor, pertenecer a algo o redimirse.

Esta dinámica no es exclusiva de mi barrio. La vemos también en fenómenos como la devoción a la Santa Muerte en comunidades golpeadas por la violencia o en grupos extremistas que justifican actos de odio en nombre de su fe. Es un recordatorio de que la religión puede ser usada tanto como camino de luz como para justificar la oscuridad.

Sin embargo, no debemos generalizar. La mayoría de las personas vive su fe pacíficamente, sin adicciones ni conductas delictivas. Lo que quiero resaltar es cómo la religión y la espiritualidad, aunque relacionadas, no siempre caminan juntas. Lo auténtico depende, una vez más, de la voluntad y la coherencia con la que se vivan.

Ya un poco mayor, mis padres, con mucho esfuerzo, me dieron la oportunidad de estudiar en una escuela privada, así que cursé la preparatoria en una institución católica. Mony, por su parte, había pasado toda su vida en un colegio dirigido por monjas. Cuando nos conocimos en la universidad, compartimos nuestras experiencias y descubrimos algo sorprendente: muchas de aquellas monjas o frailes no eran precisamente ejemplos de bondad. Algunos parecían cargados de resentimiento y amargura, irradiando incluso una energía negativa. Esto nos dejó una pregunta inquietante: ¿cómo podían personas consagradas a la vida religiosa mostrar tal oscuridad?

Comprendimos que la religiosidad no garantiza bondad. La religión puede dar una base ética, pero la moralidad depende de factores más amplios: cultura, educación, crianza y, sobre todo, elecciones personales. Cada quien es responsable de sus actos, más allá de etiquetas religiosas. Ejemplos dolorosos como los escándalos de abuso en la Iglesia católica lo confirman: incluso líderes considerados “intocables” pueden caer en actos atroces.

Hace algunos años descubrí el término deísta: la creencia en un Dios o fuerza divina sin adscribirse a religiones ni revelaciones particulares. Esa palabra describía lo que siempre había sentido. Lo confirmé cuando un pastor, que apoyaba a nuestra agencia LOBO, me preguntó directamente si era cristiano. Practicando la integridad, respondí con sinceridad:

—No, no somos cristianos. Creemos en Dios, pero no profesamos ninguna religión en particular. Respetamos todas las creencias y adoptamos lo que consideramos positivo en nuestras vidas.

El pastor sonrió y seguimos trabajando juntos, algo que valoramos mucho.

Tiempo después, tuvimos la oportunidad de devolver el gesto apoyando un evento de su comunidad. Allí se reunían pastores de las congregaciones más influyentes de California y hasta de Hawái. Al estar entre bastidores, descubrimos un lado distinto: autos de lujo, trajes de diseñador, preparativos como si se tratara de una

alfombra roja. Presenciamos cómo afinaban discursos y estrategias para impactar al público, en un ambiente que se parecía más a una convención de líderes empresarios que a una reunión espiritual.

Y en medio de aquella escena, una palabra resonó en mi mente: pastor. Entonces surgió la lógica incómoda: si ellos eran los pastores, ¿qué éramos nosotros? ¿ovejas, corderos... borregos?

Sé que el término pastor tiene su raíz bíblica, como quien guía y cuida a su rebaño. Pero no pude evitar pensar en cómo, en otros contextos, ovejas o borregos se usan para describir a quienes siguen ciegamente sin cuestionar. Una connotación dura, sí, pero parte de la misma metáfora.

Y así, Mony y yo nos encontramos cuestionando el poder de la conformidad social. ¿Has oído hablar del experimento de la sala de espera?

Yo lo conocí a través de un programa del mentalista británico Derren Brown. El experimento es simple, pero revelador. Imagina una sala llena de personas a quienes, de pronto, se les pide levantarse y sentarse sin razón aparente. Al principio lo hacen porque se les dio la instrucción. Luego entra alguien nuevo, que no entiende la dinámica, pero al ver a los demás levantarse, termina imitándolos. Después entra otro, y otro más, y con el tiempo todos repiten el mismo comportamiento, aunque ninguno sabe por qué.

Este ejercicio muestra cómo adoptamos conductas solo porque “así lo hace el grupo”, sin cuestionar el origen ni el sentido.

“De pie por favor, hermanos. Pueden sentarse. De rodillas, por favor.”

¿Te resulta familiar?

La liturgia católica, y muchas prácticas religiosas, siguen esa misma lógica de conformidad: los fieles se ponen de pie, se sientan y se arrodillan al unísono. Se interpreta como respeto y reverencia hacia lo divino, pero también es un ejemplo de cómo la presión social influye en nuestra obediencia.

La psicología social ha estudiado este fenómeno de manera más profunda. El famoso experimento de Milgram mostró cómo personas comunes, bajo la instrucción de un científico con bata de laboratorio, obedecieron órdenes que implicaban aplicar descargas eléctricas a otros, aun cuando sabían que podían hacerles daño. Lo impactante es que la mayoría obedeció, no porque fueran crueles, sino porque la figura de autoridad se los pedía.

Algo similar reveló el experimento de la Cárcel de Stanford. Allí, estudiantes fueron divididos en “guardianes” y “prisioneros”. Bastó con asignarles uniformes y roles para que los “guardianes” empezaran a abusar de su poder y los “prisioneros” a someterse, como si la ficción se hubiera vuelto real. Los roles y símbolos de autoridad —la bata, el uniforme, la túnica— pueden transformar por completo la conducta humana.

Aclaro: no busco atacar ni difamar a ninguna religión. Reconozco que contienen enseñanzas y valores de gran riqueza espiritual. Pero la historia nos muestra que los abusos de poder, la necesidad de pertenecer o la obediencia ciega pueden distorsionar ese propósito.

En otras palabras: no es el sistema el que falla, somos los usuarios y el mal uso que le damos.

No son las religiones las que están equivocadas, sino el uso que algunos líderes hacen del poder... y la sumisión con que muchas veces aceptamos esa autoridad.

En última instancia, siempre habrá quienes usen mal el poder y quienes lo ejerzan con justicia. Lo mismo sucede con las religiones: hay sacerdotes y pastores cuya visión prevalece por encima de todo interés personal, y otros que no.

El verdadero peligro está en vivir en piloto automático, deshumanizándonos, cediendo la voluntad sin cuestionar. Necesitamos discernir los mensajes que recibimos, rescatar lo que realmente nutre nuestra vida y dejar de repetir lo que se nos impone o copiar por querer pertenecer. La espiritualidad no está afuera, sino en nuestro interior. Las herramientas que encontremos

en el camino solo sirven si nos ayudan a excavar hasta hallar la chispa divina que todos llevamos dentro.

El problema surge cuando, en lugar de buscar con autenticidad, caemos en una espiritualidad superficial: repartir “namaste” o “bendiciones sin voluntad” como si fueran monedas para comprar la membresía del club de “las buenas personas”, o depositar nuestra esperanza en velas, amuletos o rituales externos que prometen transformación sin exigirnos responsabilidad interior. Respeto esas búsquedas, pero no creo que conduzcan a la misión verdadera: comprender quiénes somos, qué vinimos a hacer y qué estamos haciendo mal.

Hoy la deshumanización, el abuso y el conformismo parecen parte de la normalidad. Esa “normalidad” nos ciega y nos hace correr hacia un precipicio, siguiendo al rebaño sin detenernos a pensar qué nos aguarda al final. Aunque intentamos corregir el rumbo, lo volvemos a torcer nosotros mismos.

En mi sueño era evidente: la mayoría no se daba cuenta de lo que sucedía. Vi a la gente absorta en su mundo, sin mirar al cielo que se abría ante sus ojos, sin notar los estruendos ni a los mensajeros descendiendo para reconocer a los suyos. Solo unos pocos eran conscientes.

¿Habría sido un vistazo a una realidad donde otros también recibieron el mensaje?

Las referencias encontradas en las películas me sugerían que sí, pero... si es así, ¿cómo encontrarlos?

A mi parecer, la humanidad yace herida, intoxicada de egoísmo, en estado crítico. Si las profecías, las leyendas y aquel mensaje en mi sueño tienen razón, no veo cómo enderezar el camino cuando la mayoría insiste en creer que todo está bien.

Tal vez no necesitamos sacerdotes, pastores ni gurús de filosofías contaminadas. Quizás lo que hace falta son personas comunes que hayan recibido un mensaje parecido y lo compartan con sus propias palabras, sin imponerlo, solo dejándolo fluir para quien

quiera escuchar. Un cambio pequeño, personal, real, que sirva de ejemplo a otros.

Uno a uno... hasta donde lleguemos.

No sé si estamos temprano...
ni si estamos tarde.

Pero sí sé algo:
el rumbo no se corrige solo.

Y mientras esperamos que el mundo cambie,
el mundo sigue siendo el reflejo de lo que somos.

Porque si el sistema no es el problema...

entonces debemos tener la honestidad de mirar al verdadero responsable.

A nosotros mismos.



